

# Técnica y antitécnica en el Psicoanálisis

por

*Paul Ricoeur*

*(de la Sorbonne)*

Mi ponencia se sitúa, en el desarrollo del Congreso<sup>1</sup>, entre la de Castelli y la de los doctores Lacan y Vergote; he tratado que ése sea también su lugar en relación al encadenamiento de las ideas.

Castelli nos propone unir el tema de este Congreso al anterior debido a lo siguiente: no hay mito de la técnica, sino para un observador extraño, pero hay una técnica del mito que lo es del lenguaje; esta técnica, como todas, es el aspecto último del proceso de demitización. Quedando de este modo enlazado el presente Congreso con los anteriores, Castelli nos invita a dirigirnos hacia nuestro nuevo propósito, considerando que el mundo de la técnica es el de la determinación unívoca de las intencionalidades y del rechazo de la elección; de esta manera, los casos de conciencia con los que había trabajado la antigua casuística han llegado a convertirse en casos últimos y sólo se hace posible una casuística escatológica.

Por mi parte, me atenderé a los temas marginales que unen nuestro Congreso al precedente y sólo al final sugeriré la posibilidad de una casuística nueva.

Hay una técnica del mito, dice Castelli, que es el último aspek-

<sup>1</sup>v Congreso de Filosofía. 'técnica y Casuística' Archivio di Filosofia 'Tecnica e Casistica', Padova, 1965 (N. T.).

to del proceso de demitización. Yo me pregunto hasta qué punto conviene tal juicio al psicoanálisis que Castelli parece incluir en la iconoclastía de lo íntimo (en sus observaciones sobre la técnica de lo diurno y lo nocturno).

Responderé a las dos interrogantes que siguen:

- 1) ¿En qué sentido es el psicoanálisis una técnica de lo nocturno?
- 2) ¿Hasta qué punto es una iconoclastía de lo íntimo?

### I. EL PSICOANÁLISIS COMO TÉCNICA DE LO NOCTURNO

La pregunta que nos planteamos es perfectamente legítima. El psicoanálisis es una técnica, una de las numerosas del mundo moderno; nosotros ignoramos aún su lugar exacto; sin duda, todavía se lo busca, pero queda como cierto que es una técnica: procede de una práctica terapéutica que se constituye en oficio, se aprende y se enseña, requiere de una didáctica y de una deontología. El filósofo, que lo aprende a sus expensas, trata de reconstituir el aparato completo del psicoanálisis a partir de otra experiencia, tal como la de la fenomenología husserliana; y puede, sin duda, aproximarse a lo más cercano del macizo psicoanalítico, y superar los primeros obstáculos, valiéndose de los conceptos de reducción fenomenológica, de sentido y sin sentido, de temporalidad y de intersubjetividad; pero hay un punto en el cual esta aproximación al psicoanálisis por medio de la fenomenología fracasa, y este punto es, precisamente, todo lo que se descubre en la situación analítica misma. El psicoanálisis desempeña el papel de técnica en este campo propio de la relación analítica.

¿En qué sentido es una técnica? Partamos de la palabra misma. En un texto metodológico importante (G. W., XIII, p. 211) Freud distingue, para después unirlos de manera inseparable, tres términos: *método* de investigación, *técnica* de tratamiento, elaboración de un cuerpo de *teoría*. Técnica está tomado aquí en un sentido

estricto, en el de terapéutica con vistas a la curación. La palabra ha sido distinguida, pues, del arte de interpretar o hermenéutica y de la explicación de mecanismos o metapsicología. Pero para nuestro propósito es importante señalar cómo el psicoanálisis es siempre *praxis*, y cómo incluye en sí el arte de interpretar y la teoría especulativa. Para plantear en toda su fuerza el requerimiento de Castelli, no tomaré la técnica en uno de los tres aspectos enumerados, sino como signo y referencia del conjunto de la práctica analítica.

Para hacerlo comprensible, introduciré un concepto intermedio y que es fundamental: el de trabajo. En efecto, la práctica analítica es un trabajo, que corresponde a otro, al de la toma de conciencia, en el sujeto analizado. A su vez los trabajos del analista y del paciente hacen evidente el psiquismo entero como un trabajo: del sueño, de la privación y, podríamos decirlo, de la neurosis. Toda la metapsicología —su economía y tópica— está destinada a evidenciar esta función del trabajo, por medio de metáforas energéticas.

Con este esquema nosotros tenemos un punto de partida para mostrar cómo método de investigación y teoría metapsicológica son aspectos del psicoanálisis como *praxis*.

Empecemos por el trabajo del analista. ¿Por qué es un trabajo el análisis? La reiterada respuesta de Freud es la siguiente: porque es una lucha contra las resistencias. La idea clave es aquí que las resistencias que se oponen al análisis son las mismas que originan la neurosis. Esta concepción del análisis como una lucha contra resistencias, es de tal importancia, que Freud atribuye a esto, retrospectivamente, su divorcio de Breuer; si Freud renunció a toda forma de método catártico (aun cuando se valió todavía en algo de la hipnosis) fue porque con este procedimiento se pretendía obtener una anamnesis<sup>2</sup> sin trabajo. Aún más, la comprensión cre-

<sup>2</sup>ἀνάμνησις, recuerdo, reminiscencia en este contexto significa: recuerdos reprimidos (N. T.).

ciente del rol de la estrategia del análisis es la que produce las rectificaciones posteriores de la práctica analítica efectuadas hacia los años 1905-7. De esta manera, escribe Freud, la finalidad de la exploración analítica consiste más bien en circunscribir y eliminar las resistencias que en restituir el fondo compulsional<sup>3</sup> y obtener el resurgimiento de lo abolido.

De esto, ¿qué resulta en cuanto a la relación entre técnica y hermenéutica? Dos cosas: en primer lugar, el arte mismo de interpretar debe ser considerado como un aspecto del arte de utilizar las resistencias; este arte —que Freud compara, con alguna propiedad, al de traducir y que, de todos modos, es una especie de comprensión, de intelección, de producción de inteligibilidad— mirado desde el punto de vista de la práctica analítica, es solamente el segmento intelectual de una utilización, de una *praxis*; se consultará a este respecto, el importante artículo *Sobre el uso de la interpretación de los sueños en psicoanálisis*, de 1912. En éste se ve que las resistencias pueden utilizar el afán de hacer una interpretación exhaustiva del sueño como una trampa para atraer al analista a fin de retardar el desarrollo de la cura. Por ello, Freud no cesa de repetir que esta lucha contra la resistencia es ardua: significa sinceridad, tiempo y dinero al enfermo; tacto y control de sus propios afectos, al médico, si quiere entrar en la transferencia como enfrentamiento a la petición del enfermo, como el que no responde y conduce al adversario a los desfiladeros de la frustración.

Pero esta dependencia de la interpretación, en el sentido preciso de una comprensión intelectual, a la *techné*, al ejercicio analítico, ofrece un segundo aspecto que nos lleva del trabajo del analista al del analizado. No basta comunicar al enfermo el contenido de una interpretación exacta para curarlo, porque también para el paciente, la comprensión no es más que una parte de su propio trabajo. Freud escribe en *Psicoanálisis Profano* (1910): “La reve-

<sup>3</sup>Arqueología, viene de principio (*arché*); nuestra arqueología: lo que básicamente constituye nuestra personalidad, el psiquismo originario.

lación al enfermo de lo que no sabe porque lo ha rechazado no constituye más que uno de los preliminares indispensables del tratamiento; si el conocer lo inconsciente fuese tan necesario al enfermo como lo supone el psicoanalista inexperto, bastaría hacerlo escuchar conferencias o leer ciertos libros. Pero, medidas semejantes sobre los síntomas neuróticos, tendrían tanto efecto como el de repartir menús durante un período de hambruna. El paralelo podría ser ampliado aún más, pues revelando a los enfermos su inconsciente, se provoca siempre un recrudecimiento de sus conflictos y un empeoramiento de sus síntomas" (en *La técnica psicoanalítica*, p. 40). El análisis no consiste por lo tanto en reemplazar la ignorancia por el conocimiento, sino en provocar un trabajo de conciencia por medio de un trabajo sobre las resistencias. Freud vuelve a preocuparse de este mismo problema en un artículo consagrado al *Comienzo del tratamiento* en 1913; allí desmiente la excesiva importancia atribuida al hecho de saber en los comienzos del psicoanálisis: "Fue necesario resignarse a no creer más, como se había hecho hasta entonces, en la importancia en sí de la toma de conciencia y poner de relieve las resistencias, causa originaria de la ignorancia y que, todavía ahora, estaban para afirmarla; el mismo conocimiento consciente, sin haber sido expulsado de nuevo, se mostraba impotente para vencer estas resistencias" (ibid., p. 102). No es extraño, además, que el comunicado precoz de una interpretación puramente intelectual refuerce las resistencias; el arte del análisis consiste, pues, en acomodar el saber y su comunicación dentro de esta estrategia de la resistencia.

Ahora bien, ¿en qué consiste el trabajo del analizado? Este comienza con la aplicación de la regla fundamental en análisis que consiste en que el sujeto comunique, por más que le cueste, cuánto viene a su espíritu.

No se trata de una pura inspección, sino de un trabajo, de un ponerse cara a cara. En *Recuerdo, repetición y elaboración* (ibid., p. 111) dice Freud: "El paciente debe tener la valentía de fijar

su atención en manifestaciones morbosas, debe dejar de ver su enfermedad como algo despreciable, para considerarla como algo digno de estimarse, como una parte de sí mismo cuya presencia está suficientemente motivada y de donde le será provechoso extraer preciosos datos para su vida ulterior". (ibid., p. 111). Es el trabajo del encaramiento (enfrentamiento); Freud repite a menudo: "No se vence a un enemigo *in absentia* o *in effigie*" (*La dinámica de la transferencia*, ibid., p. 60).

Así se llega a esta idea: hay un problema económico de la toma de conciencia, del *Bewusstwerden*, que distingue enteramente al psicoanálisis de toda fenomenología de la toma de conciencia, del diálogo, de la intersubjetividad. A este rasgo económico del devenir consciente Freud lo llama *Durcharbeiten* y el doctor Valabrega lo traduce por *translaboración*: En la práctica, esta elaboración de resistencias puede constituir para el analizado una tarea ardua y para el psicoanalista, una prueba de paciencia; de entre todas las partes del trabajo analítico, es por lo tanto ésta la que ejerce la mayor acción modificadora y también la que diferencia al tratamiento analítico de todas las especies de tratamiento por sugestión" (ibid., p. 115).

No se puede absolutamente avanzar más en esta dirección sin incorporar a este análisis las consideraciones de Freud sobre la transferencia. Nosotros hablamos aquí de transferencia sólo en su relación con el concepto de trabajo, que es, en efecto, el meollo de la práctica analítica y el resorte de su economía. En *El comienzo del tratamiento*, ya citado anteriormente, Freud muestra de qué manera el manejo de la transferencia se articula sobre "las fuerzas movidas en el tratamiento" (ibid., p. 103). "El motor principal de éste, dice, es el sufrimiento del paciente; de allí su deseo de curación", pero hay fuerzas impotentes: "Utilizando las energías siempre prontas a ser transferidas, el tratamiento analítico proporciona las cantidades de afecto necesarias para la supresión de las resistencias; el análisis, iluminando al enfermo en el momento requerido, indica

a éste la vía en la cual debe comprometer sus energías" (ibid.). Así la transferencia viene a sustituir las energías demasiado débiles del sufrimiento y del deseo de cura. Tan importante es esta articulación, que Freud escribe después: "El nombre de psicoanálisis no se aplica más que a los procedimientos en que la intensidad de la transferencia se utiliza contra las resistencias" (ibid., p. 103). Este carácter técnico del psicoanálisis lo testimonia en su más alto grado, el 'manejo' de la transferencia. En *Recuerdo, repetición y elaboración* Freud considera en detalle la lucha con las resistencias, el manejo de la transferencia, la tendencia a substituir la rememoración con la repetición por parte del enfermo, o sea, la constelación mayor de toda la práctica analítica. Debido a esto, al dirigirse a los principiantes (*Observación sobre el deseo de transferencia*, 1915), les dirá: "Todo psicoanalista principiante comienza sin duda reduciendo las dificultades que le ofrecen la interpretación de las asociaciones del paciente y la necesidad de encontrar los materiales rechazados. Pero bien pronto aprende a atribuir menor importancia a estas dificultades y a convencerse de que el único obstáculo verdaderamente serio se encuentra en el manejo de la transferencia" (ibid., p. 116).

Luego, el momento crítico me parece que es el siguiente: la disciplina del análisis lo es, en lo esencial, una disciplina de la satisfacción y toda su estrategia consiste en utilizar el deseo de transferencia sin satisfacerlo. Aun llegó Freud a escribir (*Las nuevas vías de la terapéutica psicoanalítica*, 1918) que este 'principio fundamental' está sin duda llamado a regir el dominio todo de esta técnica nueva; este principio fundamental lo enuncia así: "El tratamiento psicoanalítico debe efectuarse en lo posible, en un estado de frustración, de abstinencia" (ibid., p. 135). Ahora bien, esta regla se relaciona esencialmente con "la dinámica de la enfermedad y de la curación" (ibid.). ¿Cómo? Es necesario retornar a la significación económica de los síntomas, en cuanto satisfacción substitutiva. Dejar sin respuesta la pregunta es resistir al desgaste prematu-

ro de "la fuerza compulsiva que agujonea al enfermo hacia la curación" (pp. 135-136). Y agrega Freud: "Aunque esto pueda aparecer todo lo cruel que se quiera, nosotros debemos atender a que prematuramente los sufrimientos del enfermo no se atenúan de manera notoria; en el caso en que los síntomas hayan sido destruidos o desvitalizados así, estamos obligados a recrear el sufrimiento en forma de otra frustración penosa, a falta de esto, corremos el riesgo de no obtener nunca más que una débil y pasajera mejoría... El deber del médico consiste en oponerse enérgicamente a estas satisfacciones de reemplazo prematuramente adoptadas... En lo que concierne a las relaciones con el médico, el enfermo debe conservar una cantidad suficiente de deseos irrealizados" (ibid., pp. 136-137). Yo pienso que estos textos son de una claridad ejemplar: bastan para extender un abismo entre todo lo que la reflexión puede concluir por sí misma y lo que sólo un oficio es capaz de enseñar. Yo vería de buen agrado en estas observaciones de Freud sobre el manejo de la transferencia, el distingo último, la irreductible diferencia entre la más existencial de las fenomenologías y el psicoanálisis. Es la relación de un trabajo a otro —del analista y del analizado— lo que da la especificidad al psicoanálisis y lo constituye en técnica.

Permítaseme terminar estas reflexiones sobre el trabajo del análisis con la cita de *Hamlet* que Freud se complace en evocar: "¡Vive Dios! ¿Pensáis que yo sea más fácil de tocar que una flauta? ¡Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por mucho que me trajinéis no conseguiréis sacar de mí sonido alguno! (*Acerca de la psicoterapia*, 1905, ibid., p. 15).

"Tocar el instrumento psíquico..."

Me parece que esta expresión nos abre un aspecto fundamental de la técnica analítica, a saber, que la teoría que le corresponde y que Freud llama su metapsicología, es, ella misma, una función de la praxis.

De nuevo tomamos como guía el concepto de trabajo, esta vez en el aparato metapsicológico del psicoanálisis. Como se sabe, este



concepto de trabajo es el centro de la *Interpretación de los sueños*: si la dueño puede considerárselo como el 'cumplimiento de un deseo' (*Wunscherfüllung*); es porque allí los pensamientos inconscientes están 'distorsionados'. Esta distorsión (*Entstellung*), es interpretada por Freud como un trabajo, el trabajo de sueño (*Traumarbeit*) y todos los procedimientos que ahí concurren son formas de trabajo: de condensación (*Verdichtungsarbeit*), de desplazamiento (*Verschiebungsarbeit*). Así, el trabajo en que el análisis consiste (en su doble faz de trabajo del analista y del analizado), revela como trabajo al funcionamiento psíquico mismo. La energética freudiana es sin duda metafórica, pero la metáfora es la que protege la especificidad de la metapsicología en relación a toda fenomenología de la intencionalidad, del sentido y de la motivación. Por ello Merleau-Ponty, en su interesante prefacio al libro del doctor Hesnard, *La obra de Freud*, después de haber recordado sus reservas en cuanto al aparato conceptual del psicoanálisis, concede: "Al menos las metáforas energéticas o mecanicistas guardan, contra toda idealización, el límite de una de las más preciosas intuiciones del freudismo: la de nuestra arqueología" (p. 9). En un sentido próximo a éste, dice Vergote: "El inconsciente freudiano no puede dejar de ser invadido por la praxis". En efecto, lo que invade el trabajo analítico es el psiquismo como trabajo. Con esta observación se puede justificar hasta cierto punto la tópica freudiana en su forma más primitiva, la de la doble inscripción (*Niederschrift*) de las mismas representaciones en dos 'localidades psíquicas' distintas (cuando se toma conciencia puramente intelectual de un recuerdo, sin desarraigarlo de su suelo arcaico). Este contexto topográfico, poco comprensible filosóficamente, es el que conviene a esta estructura del psiquismo como trabajo; los lugares de la tópica dan cuenta expresamente, del 'alejamiento' (*Entfernung*) y de la distorsión (*Entstellung*) que separan (*Ent...*) y hacen irreconocible este otro discurso que sale a luz en el contexto del análisis; alejamiento y distorsión de 'brotes' del inconsciente se hallan en el

origen de estas resistencias que requieren de su reconocimiento por sí, de tal manera que este mismo llega a ser un trabajo. Yo diría que la metapsicología trata acerca de un fraude, de un trabajo de desconocimiento, que suscita el reconocimiento como trabajo. Si hay un problema de la interpretación, se debe a que el deseo se complace de un modo simulado y sustituido; por lo tanto el trabajo de que se trata bajo el título de *trabajo de sueño*, es la operación mediante la cual el psiquismo realiza este *Ent-stellung*, esta distorsión del sentido por la que el deseo se hace irreconocible a sí mismo. Toda la metapsicología es, pues, construcción teórica, elaboración conceptual, que posibilita la comprensión del psiquismo como trabajo de desconocimiento, como técnica de distorsión.

Ahora estamos en condiciones de completar nuestra descripción del psicoanálisis como técnica. Su objeto técnico, si podemos hablar así con el lenguaje de Simondon, para designar el 'objeto' que responde y se enfrenta a su manejo, es el hombre en cuanto él mismo es proceso de deformación, de trans-posición, de distorsión, aplicado a todas las expresiones (afectivas y representativas) de sus más antiguos deseos, de esos que la *Interpretación de los sueños* llama 'indestructibles' 'intemporales' y que el artículo sobre el *Inconsciente* declara *zeitlos*, 'fuera del tiempo'; el psicoanálisis se constituye en técnica porque en el proceso del *Entstellung*, el hombre mismo se comporta como mecanismo, se somete a una legalidad ajena, 'condensa' y 'descoloca' sus pensamientos; si el hombre actúa como mecanismo es para realizar por astucia, el proyecto (diseño) de la *Wunscherfüllung*, por eso la psique misma es técnica ejercida sobre sí: técnica de disfraz, de desconocimiento; el alma de esta técnica es la búsqueda del objeto arcaico perdido, desplazado y reemplazado sin cesar por objetos sustitutos, fantasmas, ilusorios, delirantes o idealizados. En una palabra, ¿qué hay en eso del trabajo psíquico revelado en el sueño y en la neurosis? La técnica es la que hace irreconocible el deseo; a su vez, esta técnica inmanente a él suscita la práctica que nosotros hemos llamado técnica analí-

tica. El 'naturalismo' y el 'mecanicismo' de Freud, de esta red constituida por las tres facetas del trabajo (de análisis, de toma de conciencia, de sueño), reciben una justificación parcial.

## II. EL PSICOANÁLISIS COMO ICONOCLASTÍA DE LO ÍNTIMO

Abordaré ahora los problemas planteados por Castelli, referentes a la técnica entendida como extremo de la demitologización. Toda técnica excluye, según él, la casuística clásica, por eliminación de la elección y por determinación única de las intencionalidades; si es así, la sola casuística posible sería la de los casos extremos y últimos, una casuística escatológica.

¿En qué sentido es una contribución a la técnica el psicoanálisis, entendido como una manera global de comportarse frente al mundo y a lo sagrado?

Quisiera destacar dos puntos: primero señalaré con todo el énfasis posible, que en su finalidad profunda, el psicoanálisis no se inscribe en *este* mundo de las técnicas, por lo mismo que son éstas técnicas de la dominación de la naturaleza. En este sentido preciso, es más bien el psicoanálisis una antitécnica. Así lo he querido significar con el título de estas observaciones.

Cuando digo que el psicoanálisis no es una técnica de la dominación quiero subrayar su rasgo esencial, a saber, que es una técnica de la veracidad; su misión es el reconocimiento de sí por sí, su itinerario va del desconocimiento al conocimiento; a este propósito, tiene su modelo en la tragedia griega de *Edipo rey*; el destino de Edipo es el de haber ya muerto a su padre y desposado a su madre, pero el drama del reconocimiento comienza más allá de esto y consiste enteramente en el reconocimiento de aquel hombre que de antemano había maldecido: yo era ese hombre, en cierto sentido yo lo he sabido siempre, pero en otro lo he desconocido; ahora, yo sé quién soy. Desde entonces ¿qué puede significar esta expresión técnica de la veracidad? Para comenzar, que se explica

por completo en el campo de la palabra. Esta es la situación ignorada enteramente por todos esos psicólogos o psicoanalistas que han tratado de incorporar el psicoanálisis a una psicología general de tipo behaviorista. En realidad el psicoanálisis no es una ciencia de observación del comportamiento, porque no es una técnica de la adaptación, y por no ser esto último está por destino y vocación en una falsa relación con toda técnica de dominación de la naturaleza. Toda una escuela de psicoanalistas americanos, al estilo de Hartman y Rapaport trabaja en esta reintegración del psicoanálisis a la psicología académica; no se dan cuenta de que todas las correcciones y reformulaciones que proponen no son más que una pura y simple reedición. Sí, es necesario tener el coraje de decirlo: el psicoanálisis no es una rama de las ciencias de la naturaleza, debido a que su técnica no es tampoco una ciencia natural aplicada, en fin, porque no es una rama de la técnica comprendida como dominación de la naturaleza. El precio que se debe pagar por esta confesión es, ciertamente, pesado: el psicoanálisis no satisface los criterios de las ciencias de observación, los 'hechos' de que trata no son verificables por diversos observadores externos, las leyes que enuncia son inconvertibles en relaciones de variables ('variables independientes' del medio, 'variables dependientes' de comportamiento, 'variables intermediarias'); su inconsciente no es una variable más intercalada entre el estímulo y la respuesta. Hablando con propiedad, no hay en psicoanálisis 'hechos' en el sentido de las ciencias experimentales. Esto se debe a que su teoría no es una teoría, como lo sería por ejemplo la teoría cinética de los gases o la de los genes en biología.

¿Y por qué? Porque el trabajo del que se ha tratado en la Primera Parte es por entero, trabajo en el lenguaje; en cuanto al trabajo psíquico que detecta el análisis, es un trabajo de distorsión al nivel del sentido, a nivel de un texto susceptible de ser contado en un relato. Para el psicoanálisis, proceder técnicamente es hacerlo en forma detectora. Su económica es inseparable de una

semántica. He aquí el porqué de que no haya ni 'hechos' ni observación de 'hechos' en psicoanálisis, sino interpretación de una 'historia'; aun los hechos observados desde fuera y relacionados con el curso del análisis no valen en tanto hechos, sino como expresiones de los cambios de sentido producidos en esta historia. Los cambios de conducta no valen como 'observables', sino como 'significantes' para la historia del deseo; de allí que su objeto propio sea siempre de efectos de sentido —síntomas, delirios, sueños, ilusiones— que la psicología empírica puede considerar sólo como segmentos de conducta; para el analista, la conducta es un segmento del sentido. Resulta de ello que su método está mucho más próximo al de las ciencias históricas que al de las naturales. El problema de una técnica de la interpretación está mucho más emparentado con la problemática de Schleiermcher, de Dilthey, de Max Weber, de Bultmann, que con la del behaviorismo, incluyendo el menos rudo. Concederlo es la única respuesta que vale contra el ataque de los lógicos, semánticos, metodólogos que impugnan el carácter científico del psicoanálisis. Es necesario admitírselo todo y transformar esta confesión en respuesta; es preciso aceptar que el dissentimiento inicial con el behaviorismo sea también total, porque desde el punto de partida la ruptura es completa: el análisis no parte de conductas observables, sino del sin-sentido que hay que interpretar; toda tentativa de asimilación del psicoanálisis a una ciencia de observación y a una técnica resultante de una ciencia de esta especie, desconoce lo esencial: que la experiencia analítica se desenvuelve en el campo de la palabra y que lo que surge en el interior de ese campo es otro lenguaje, disociado del común, y que se ofrece al desciframiento a través de esos efectos de sentido.

Estamos pues, frente a una técnica extraña; es una técnica por su carácter de trabajo y por su comercio con las energías y los mecanismos aferentes a la economía del deseo. Pero es una técnica fuera de parangón en cuanto no busca ni maneja las energías sino a través de los efectos de sentido, eso que Freud llama 'brotos' de

las expresiones de compulsión. Nunca el analista maneja las fuerzas directamente, lo hace siempre en forma indirecta en el juego del sentido, del doble-sentido, del sentido sustituido, desplazado, traspuesto. Economía del deseo, sí, pero a través de la semántica del deseo. Energética, sí, pero a través de una hermenéutica. El psiquismo trabaja en y para los efectos de sentido.

Quizás se comience a entender en qué sentido es el psicoanálisis una antitécnica si se la mide con la vara de las técnicas que manipulan directamente fuerzas, energías, con el propósito de orientarlas. Todas las técnicas derivadas de la psicología de observación del comportamiento, lo son, en último término, de adaptación en vistas del dominio. Lo que se cuestiona, en el análisis, es el acceso al verdadero discurso, lo que es bien diverso de la adaptación, por cuyo propósito se quiere destruir el escándalo del psicoanálisis y volverlo algo socialmente aceptable. Porque ¿quién sabe dónde pueda conducir un solo discurso verdadero con respecto al orden establecido, es decir, al discurso idealizado del desorden establecido? Al contrario, el psicoanálisis me parece ligado a la voluntad expresa de poner entre paréntesis la cuestión de la adaptación, que es, infaliblemente, el problema planteado por los demás, por la sociedad existente, sobre la base de sus ideales cosificados, sobre el fundamento de un enlace falso entre la profesión idealizada de sus creencias y la realidad efectiva de sus relaciones prácticas.

Tal vez se nos objetará que el psicoanálisis se concibe a sí mismo como pasaje del principio de placer al principio de realidad. Me parece, precisamente, que el mayor divorcio entre lo que se llama 'punto de vista adaptativo' y psicoanálisis concierne justamente al principio de realidad. La realidad de que se trata en análisis se distingue radicalmente de los conceptos homólogos de estímulo o de medio circundante; es fundamentalmente la verdad de una historia personal en una situación concreta; la realidad no es, como en psicología, el orden de los estímulos tal como los conoce el

experimentador, es el sentido verdadero que el paciente debe buscar a través del oscuro dédalo de la pesadilla; la realidad consiste en una conversión del sentido de lo fantástico. Esta relación al fantasma, tal como se da a entender en el campo cerrado de la palabra analítica hace específico el concepto freudiano de la realidad; la realidad se ofrece siempre a la interpretación a través de la visión del objeto compulsivo, como lo que es alternativamente mostrado y enmascarado por esta visión compulsiva. Basta a este propósito que se recuerde la aplicación epistemológica que Freud hace del narcisismo, en un brillante ensayo breve del 1917, *Un obstáculo en la vía del psicoanálisis*. Allí, eleva el narcisismo al rango de un obstáculo metodológico fundamental. Al narcisismo hay que atribuir, en última instancia, nuestra resistencia a la verdad cuando ésta nos hace sentir como perdidos en una naturaleza carente de ese centro amante de sí mismo. El narcisismo fue un obstáculo al descubrimiento de Copérnico, en cuyos términos ya no somos el centro físico del universo; fue asimismo obstáculo al de Darwin que nos despojó del título de amos de la vida; finalmente, lo fue para el mismo psicoanálisis cuando éste nos enseñó que ni siquiera somos dueños en nuestra propia morada. Debido justamente a esto, la 'prueba de la realidad', característica del proceso secundario, no es un modo de hacer que se puede simplemente superponer a un procedimiento de ajuste; es preciso restituirle su lugar dentro del cuadro de la situación analítica; en este contexto, la prueba de la realidad es correlativa con el *Durcharbeiten*, con el *Working Through*, ese trabajo en vista del sentido verdadero, que no tiene equivalente sino en la lucha por el reconocimiento de sí que constituye la tragedia de Edipo.

Un segundo punto de mi exposición será el estricto corolario de la tesis precedente: si la técnica analítica es una antitécnica, en relación a la ambición de dominar sobre la naturaleza y sobre los demás hombres no entrará tampoco en el proceso de demitización de la misma manera que las técnicas del dominio. Castelli lo ha

dicho con propiedad, la demitización ligada a la técnica como tal es el desencantamiento; este *Entezauberung* y este *Entgötterung* están unidos esencialmente al dominio de lo manejable y de lo disponible. Pues bien, éste no es en absoluto el camino del psicoanálisis. Su camino es el de la 'desilusión', lo que no es la misma cosa desde ningún punto de vista: no tiene nada que ver con un progreso en lo disponible y lo manipulable, con un progreso en el dominio. La demitización propia del psicoanálisis está expresamente unida a la semántica del deseo que lo constituye. Los 'dioses' que destrona son aquellos en los que se ha refugiado el principio de placer, bajo las formas más retorcidas de la satisfacción sustituida; cuando Freud asigna los dioses al complejo paterno derrumba un ídolo en el que reconoce la imagen agrandada de la consolación infantil, tanto o más que la de la interdicción. Yo no vuelvo sobre la interpretación de la religión propuesta por Freud en *Totem y tabú*, el *Porvenir de una ilusión*, *Moisés y el monoteísmo* tal como la he discutido en un Congreso precedente, bajo el título de *Hermenéutica y reflexión*<sup>4</sup>. Entonces me proponía mostrar cómo una hermenéutica reductora era compatible con una de restauración del sentido. Ahora mi propósito es bien distinto y mucho más determinado: ¿cómo se sitúa esta demitización, verdadera en su orden, en relación a la que procede del progreso de la técnica en cuanto tal? Yo pienso que esta demitización es tan diversa de cualquiera otra como lo es la técnica analítica misma de las técnicas de dominación; que se mantiene en la dimensión de la veracidad y no en la del dominio, que no pertenece a la empresa del disponer de sí mismo, de la naturaleza y del resto de los hombres, sino de conocerse mejor en las sinuosidades del deseo. Sin duda se me aceptará que esta demitización es buena y necesaria: ella significa la muerte de la religión como superstición, que puede ser o no la contrapartida de una fe autén-

<sup>4</sup>En *Ermeneutica e Tradizione*, Padova, 1963.



tica, pero este significado de la demitización no puede ser decidido por el psicoanálisis mismo.

No niego que la iconoclastía propia del psicoanálisis no alcance en cierta forma la que es propia de las técnicas de dominación: es en sus efectos sociales donde el psicoanálisis se conjuga con la mentalidad general de la civilización técnica. En efecto, el psicoanálisis no es solamente una experiencia bien específica que se desarrolla en una relación dual, es también un acontecimiento de cultura, ha caído él mismo en el *dominio público*; esta caída ha obrado una especie de *publicidad*, en el sentido fuerte de la palabra; las bellaquerías del deseo son puestas en la picota y ofrecidas a todas las miradas: la iconoclastía ha llegado a ser de este modo una iconoclastía *pública*. En esto la teoría de Castelli parece justificada: una técnica de lo nocturno es una iconoclastía de lo íntimo. Pero esta misma situación no está desprovista de significado positivo, como Freud lo observa muy claramente en un interesante ensayo de 1910, *Perspectivas (de futuro) de la terapéutica analítica* (ibid., pp. 31-34): "La psiconeurosis, como sabéis, representa satisfacciones sustitutas y deformadas de instintos cuya existencia es preciso negarse a sí mismo y a los demás. Su posibilidad de existencia radica únicamente en una deformación, en un disfraz, pero una vez resuelto el enigma y admitida la solución por los enfermos, los estados mórbos no pueden persistir. En medicina, difícilmente se encontraría una cosa comparable a ésta; en los cuentos de hadas se habla de ciertos malos espíritus cuyo maleficio se rompe desde que se les puede llamar por su nombre secreto" (ibid., p. 31). Transportando estas observaciones desde el individuo a la masa, Freud no vacila en predecir un tiempo en el que el efecto social de la indiscreción será al mismo tiempo la imposibilidad de la disimulación: "Los enfermos, en tales casos, sabiendo igualmente que todas sus manifestaciones morbosas son interpretadas inmediatamente por los demás, las disimularán. Sin embargo, este disimulo, que además se ha convertido en algo impo-

sible, va a destruir el propósito mismo de la enfermedad. La salida a luz del secreto habrá atacado 'la ecuación etiológica' de la que deriva la neurosis en su punto más sensible, volviendo ilusorias las ventajas proporcionadas por la enfermedad y, finalmente, de la indiscreción del médico que ha provocado una modificación del estado de cosas existente, no resultará otra cosa que la supresión de la producción morbosa... Gran cantidad de gente presa de conflictos, se refugia en la neurosis, consiguiéndose así, mediante la enfermedad una cierta ventaja, aunque a la larga demasiado cara. ¿Qué hará esta gente si su fuga en la neurosis llega a ser impedida por las indiscretas revelaciones del psicoanalista? Estará obligada a ser sincera y a reconocer las compulsiones que se agitan en su interior, a resistir en el conflicto; luchará o renunciará y la sociedad, ya tolerante gracias a los conocimientos psicoanalíticos, le ayudará en su tarea" (ibid., p. 33). No desconozco que este texto expresa una especie de *Aufklärung* de Freud, una especie de salvación por el psicoanálisis y que este retroceso social de la neurosis, esta "instauración de un estado social mejor adaptado a la realidad y más digno" (ibid., p. 34) pueden ser puestos en ridículo fácilmente, como una nueva forma de la ilusión. No obstante, yo quisiera sacar el mejor partido de este texto y que reflexionásemos acerca del problema de *desocultación* que constituye su tema. No se puede concebir que un retroceso de la insinceridad y de la hipocresía permanezca sin significado en la dimensión de la verdad. ¿En qué podría pues, consistir este significado auténtico de la desocultación?

Cuanto más pienso que la vulgarización del psicoanálisis coopera con todo lo que hace al hombre banal, profano e insignificante, tanto más me convengo de que una meditación prolongada sobre el psicoanálisis puede tener el mismo tipo de efecto saludable que la comprensión de Spinoza, quien comienza por la reducción del libre albedrío, de las ideas de bien y de mal —de los ideales, diríamos con Nietzsche y Freud. Como Spinoza, Freud empieza ne-

gando el aparente arbitrio de la conciencia, en cuanto desconocimiento de las motivaciones ocultas. Por esto, el psicoanálisis, a imagen de la *Ética* de Spinoza, comienza por una suspensión del control de la conciencia mediante la cual se convierte al sujeto en algo idéntico igual a su verdadera esclavitud (a diferencia de Descartes y de Husserl que comienzan por un acto de suspensión que expresa la disposición libre del hombre por sí mismo). Partiendo del nivel mismo de esta esclavitud de que hemos hablado, o sea, librándose sin retención alguna al flujo imperioso de las motivaciones profundas es como se descubre la verdadera situación de la conciencia. A la ficción de la ausencia de motivación, a la cual la conciencia suspendía (atribuía) su ilusión de disponer de sí, se la reconoce como ficción; se muestra el lleno de la motivación en el mismo sitio del vacío del arbitrio de la conciencia. Este proceso de la ilusión es el que abre, como en Spinoza, una nueva problemática de la libertad no unida ya al arbitrio, sino a la determinación comprendida. Por lo tanto, me parece que la meditación de la obra de Freud a pesar de la experiencia o de la práctica analítica mismas, puede restituirnos un nuevo concepto de la libertad muy cercano al de Spinoza. *Ya no más el libre arbitrio, sino la liberación.* Esa es la posibilidad más radical que el psicoanálisis nos abre. ¿Qué relación puede, entonces, mantener esta empresa de liberación con el mundo humano de la técnica? Me parece legítimo decir que el psicoanálisis, bien comprendido y meditado, libera al hombre para otros proyectos fuera de la dominación.

¿Cuáles proyectos? Yo colocaría de buen grado esta liberación bajo dos emblemas: *poder hablar, poder amar*, pero quisiera hacer comprender que se trata de un solo y único proyecto.

*Poder hablar.* Volvamos a partir del nivel del pensamiento que hemos alcanzado aquí: la divulgación del secreto como empresa de desocultación. En un sentido inauténtico, esta divulgación secreta puede ser comprendida como una pura y simple reducción. De este modo, si transportamos sin respetar matices y sin precau-

ción al terreno de los ideales, de los mitos y de las religiones el esquema de la neurosis, diremos: ahora sabemos que esas representaciones no son *nada* fuera de. . . Este nada fuera de. . . puede ser seguramente la última palabra del psicoanálisis y la expresión de la conciencia desilusionada. Yo no niego que una parte, quizás la más importante de la obra de Freud, tenga ese sentido. Creo que queda abierta otra posibilidad, así al menos dejan entrever sus breves escritos acerca de la obra de arte —el *Moisés de Miguel Angel*, el *Leonardo*; aquí la interpretación no consiste en absoluto en agotar el sentido. Me permitiré contraponer aquí secreto y enigma, y afirmaré que la divulgación del secreto no es la disipación del enigma. El secreto es el producto ridículo del trabajo de distorsión, el enigma es lo que se hace manifiesto a través de la interpretación. El secreto es función de la conciencia forzada, el enigma, el resultado restituído por la interpretación. Recordemos la famosa interpretación del fantasma del buitre en el *Leonardo*: Freud la usa, conjuntamente con otros detalles biográficos como un detector para abrirse camino hasta la cuna de los recuerdos de infancia del joven Leonardo arrancado a su madre natural y trasplantado al hogar extraño de su padrastro. Al término del Leonardo nos sentiríamos tentados a decir: Bien, ahora sabemos lo que encierra la enigmática sonrisa de la Gioconda; no es nada más que la reproducción fantasmagórica de la sonrisa de la madre perdida. Pero ¿qué hemos aprendido, qué sabemos al término de un análisis semejante (por lo demás puramente analógico, carente del diálogo con Leonardo)? Este amor de una madre, sus besos están literalmente, perdidos; perdidos para todos; para nosotros, para Leonardo, para la madre; y la sonrisa de Monna Lisa es precisamente la creación estética con la cual Leonardo —dice Freud— ha ‘superado’ y ‘creado’ el objeto arcaico perdido; la sonrisa de la madre no existe, no existe más; sólo existe ahora a nuestros ojos la obra de arte. El análisis no nos ha entregado pues, ninguna realidad de que pudiéramos disponer, sino que ha encontrado bajo

la obra de arte ese juego de reenvío que, yendo de origen en origen, proyecta la herida de un deseo y una ausencia que remite desde la impotencia del fantasma al poderío del símbolo.

*Poder hablar.* Encontrar en la semántica del deseo el impulso de decir sin fin, el poder de locución y de interlocución: este proyecto ¿no se opone primitivamente, por esencia al sueño de dominio?, ¿no nos envía acaso a aquello que haríamos mejor en llamar una no-técnica del discurso?

Sé perfectamente que se me puede objetar (y esta objeción me conducirá al segundo término no esclarecido del dístico). Freud se expresa en términos de poder ¿no ha dicho acaso en una de sus *Nuevas conferencias* que el psicoanálisis es comparable a la empresa de colmar el *Zuiderzee*? ¿No agrega, volviendo a su antigua descripción del yo como una criatura sumisa a tres amos: nuestra tarea es la de reforzar al yo, hacerlo más independiente del super yo y del *ello*, de volverle el dominio de los espacios arrancados al *ello* y restituirlos a su control? De un modo más general, ¿no es acaso volver a lo disponible y a lo manipulable el hecho de hablar de psicoanálisis en términos de control, de dominio, de energías? Finalmente, ¿no está Freud mucho más cerca de Feuerbach y de Nietzsche que de Spinoza cuando habla de devolver al hombre su poderío? Nosotros mismos, ¿no decimos *poder hablar*, *poder amar*?

Aquí es donde importa comprender que el único poder que ofrece al hombre el análisis consiste en una nueva orientación de su deseo, un nuevo poder de amar. En el temor de que esta idea pudiera ser aminorada en su relieve y endulzada, yo la expresaría deliberadamente como una nueva capacidad de gozar. De lo que los hombres no disponen es precisamente de su poder de amar y de gozar, destruido por los conflictos de la libido y de la interdicción. Finalmente, el gran problema abierto por el psicoanálisis es el de la *satisfacción*. El psicoanálisis completo es réplica al principio de placer, tomado éste como compendio del goce, to-

dos los síntomas que desenmascara son formas de la satisfacción sustituida, brotes del principio del placer. De esta manera, como la *Ética* de Spinoza, el psicoanálisis quiere ser una reeducación del deseo, y pone como condición previa esta reeducación para toda reforma del hombre, sea ésta intelectual, política o social.

Se comprende ahora el porqué del ningún aporte del psicoanálisis como respuesta normativa o prescriptiva y por qué no entre en el campo del problema que nos planteamos nosotros relativo a la casuística, tanto antigua como nueva. Su problema es, si me atrevo a decirlo, mucho más fundamental: ¿con qué deseos vamos hacia el problema moral?, ¿en qué estado de distorsión se encuentra nuestro deseo cuando nos formulamos el problema?

Agregaré que el psicoanalista pondría en el mismo nivel al amante frenético de la técnica y a su detractor desencantado. Y se preguntaría si no es la misma distorsión del lenguaje y del goce lo que anima a uno y a otro, que abandona al primero a los infantiles proyectos de dominio y al miedo de las cosas que no domina, al segundo. *Totem y Tabú* nos enseñó a situar —psicogenética y ontogenéticamente— a la omnipotencia entre los más antiguos sueños del deseo. Por esto, el principio de realidad no es la respuesta de nuestro poder sino cuando el deseo ha despojado su omnipotencia; sólo el deseo que ha aceptado su propia muerte puede disponer libremente de las cosas; pero el último refugio de la omnipotencia del deseo es la ilusión de su propia inmortalidad. Únicamente el deseo que ha pasado por eso que Freud llama resignación, es decir, el poder de soportar la dureza de la vida (*die Schwere des Daseins zu ertragen*), según las palabras del poeta, es capaz de usar libremente de las cosas, de los seres, de los bienes de civilización y de cultura.

En cuanto a la casuística de las situaciones extremas, que nos sentiríamos tentados de oponer a la demiurgia tecnológica, tal vez pertenezca al mismo círculo del desencanto que el frenesí técnico. ¿Quién nos dice que aun la casuística propuesta no sea una téc-

nica del dominio y de la prevención? De la prevención de culpabilidad mediante una ritualización de lo cotidiano, del dominio de lo inaudito mediante la resolución imaginaria de los casos extremos.

Debido a esto, pienso que el psicoanálisis no tiene nada específico que decir a favor o en contra de la casuística, como tampoco por o contra de todo pensamiento prescriptivo o normativo. Yo sé que el psicoanálisis gusta de callarse sobre este punto, su oficio es el de plantear las cuestiones previas: ¿es nuestro deseo libre o sometido (constreñido)? Encontrad la capacidad de hablar y de gozar y todo el resto os será dado por añadidura. No es decir, con Agustín: "Quiere y haz lo que quieres". Porque si tu amor ha encontrado su precisión, tu voluntad tendrá también su justicia —pero más bien por gracia que por ley.

(Traducción de HUMBERTO GIANNINI)

